Amazonas y cuchepas en la poesía chilena actual

Numerosos textos literarios escritos por mujeres, varios estudios que determinan la importancia del discurso lírico femenino como "fenómeno cultural vinculado a las condiciones históricas y sociales" vividas en Chile en los últimos años (Villegas, 1985) y toda una "nueva reflexión crítica realizada por mujeres que acoge y reinterpreta los aportes de la teoría feminista y posfeminista" (Richard, 1989) muestran que, objetivamente, desde los años finales de la década del setenta y los ochenta, una serie de escritoras -sobre todo poetisas y críticas- nos han ofrecido una variedad de obras de indudable interés cuando no de indiscutible calidad.

Dos de estas poetisas chilenas, Elvira Hernández y Soledad Fariña, han escrito algunos de los poemarios más interesantes **(Primer Libro**, Fariña 1985), provocadores **(La Bandera de Chile**, Hernández, inédito), sensuales **(Albricia**, Fariña, 1989) y dolorosos **(Carta de Viaje**, Hernández, 1989) de nuestra última poesía. Son los mencionados, libros primeros y breves (casi podríamos considerarlos poemas largos) en los cuales la palabra es al mismo tiempo amiga y enemiga, instrumento resbaladizo rebelde y posesión definitiva; libros que, en rigor, anuncian un discurso poético maduro, inteligente, desmitificador, lúdico, gozoso.

Sobre los dos textos de Soledad Fariña podemos suscribir lo escrito por Raquel Olea (1987) acerca de **Primer Libro** en el sentido de que ambos están constituidos por poemas que, en su conjunto, pretenden dar cuenta del proceso de gestación y búsqueda de identidad que se opera en y por el lenguaje poético y que esta búsqueda propone un (re)conocimiento del cuerpo y la tierra como materia poética aún inédita. Sólo agregaremos que estamos ante una estética de tactos y de límites, profundamente sensual, aleteante, dinámica; pero que no pierde nunca de vista su objetivo: el encuentro de la palabra luminosa, como luminosos son los cuerpos femeninos, sedosos o duros (yegua y amazona), que se encuentran en un acto amoroso que es símbolo, metáfora de la penetración en la página en blanco: "Explotan bastoncillos impregnando paredes/ de colores/ magentas dorados/, amarillos/, azules cadmios/ púrpuras". Y como todo poema es un acto de descubrimiento, ya lo dijo Robert Frost, la exploración, la indagación física y lingüística de Fariña se resuelve en una albricia de raíz mistraliana como dice su epígrafe y dijo Eliana Ortega -en una albricia de placer, cuerpos y colores de quien se reconoce "cápsula leñosa/ semilla oscura apenas delineada".

Diario de Viaje es también una meditación sobre la poesía entendida como un acto corporal ("Cuesta dar en el blanco/ La página no cede al manoseo de la callosidad"); pero sobre todo es una reflexión sobre el exilio y la muerte, el amor y la amistad. La actitud de quien escribe la carta es la de alguien que extrañado de su mundo ("el país de los vertederos eternos", "la feria persa coreana", "de tres y cuatro álamos", "el país de nunca contar" y de "Juan alacalufe desaparecido") se autopercibe fracturada ("herma"), cortada ("cuchepa"), distinta ("real espantágaros") al caer en el espacio de las "irreales playas de Thule". Frente a la imposibilidad (aparente) de reencuentro, el texto de Hernández opone una escritura que aun cuando evidencia la suprema soledad, es memoria, intento de fijar lo vivido, de romper silencios, de establecer el contacto. Todo a través de una poesía definida y definible como botella que ya fue tirada al mar, "como Carta de viaje", carta de amor al hermano, al padre, a la amiga, carta de relación o diario de vida contra la muerte y la extrañeza. En este sentido es muy interesante la intertextualidad amplia heterogénea y coloquial inscrita en estos poemas. Discursos literarios (Mistral, Huidobro, Defoe, etc.), televisivos (Trolls), culturales, sociales patrióticos (Himno Nacional, cartas de relación, Capitán Avalos) y presupuestos compartidos con el lector, aparecen convocados para dar cuenta de un viaje que, asumido por un yo individual femenino, termina siendo colectivo, histórico, mestizo. De ahí también en el interés de su diálogo explícito con el diario de navegación de Cristóbal Colón.

Divididos en dos partes, los libros de Fariña y Hernández muestran, pues, un viaje que indicado en algunos de sus versos "viajo y rozan los bordes mi arenilla dormida" **(Albricia)**; "como buen tiempo el 12 de octubre he cruzado la frontera" **(Carta de Viaje)** y esencialmente sentimental y privado en Fariña e histórico y colectivo en Hernández, es en ambas indagación y búsqueda de la palabra poética que permita develar, mostrar, asumir y revisar los deseos, mitos y carencias de quienes pretenden anular el miedo a la otredad.